

La Natividad del Señor: Misa de Medianoche A/2007

Nuestro Dios es un Dios del amor, un amor que lo empuja a actuar el bien para aquellos que él ama. De hecho, cuando alguien ama, él da todo que él tiene, y es, incluso su propia vida. La celebración de la Natividad es la fiesta del amor de Dios para nosotros, una fiesta en la cual celebramos el acontecimiento increíble de Dios quien se hace hombre a fin de salvarnos, y el principio de nuestra salvación.

Para entender mejor la importancia de esta fiesta, examinemos las Escrituras y escuchamos las profecías contenidas dentro de ellas. En la primera lectura, el profeta Isaías describe un tiempo de alegría que Dios estaba a punto de traer a Israel. A pesar de guerras repetidas, sufrimientos y exilio, Israel vivirá en paz y alegría. Aquellos que caminaban en tinieblas verían una gran luz; sobre aquellos que vivían en la tierra de sombras, una luz resplandecerá. Aquellos cuyo yugo ha oprimido sus hombros recibirían un alivio. Todo lo que recuerda la batalla o la sangre sería quebrantado para siempre en llamas.

La razón de esta alegría es un signo que el Señor ha dado a su pueblo y este signo es un niño que nace, sobre los hombros de quien descansan todos los dominios. Isaías dice que el nombre de este hijo será: “Consejero admirable”, “Dios poderoso”, “Padre sempiterno”, “Príncipe de la paz”. Su reino es tan enorme como es el mundo; su reinado es pacífico como era aquel de David, que juzga con justicia y honradez.

Si el contexto inmediato de esta profecía mandada a Israel, su largo plazo se refiere al mundo entero que será redimido en Jesucristo. Como parece, Jesucristo es la realización de la promesa de Dios de dar al mundo un Mesías y Salvador. El Evangelio de esta noche santa relata lo que pasó entonces cuando vino Jesús al mundo, en la ciudad de Belén, en Palestina.

Los datos históricos y geográficos que rodean esta narrativa tienen la intención de decirnos que Jesús no es un cuento o una leyenda. Su nacimiento realmente pasó en este mundo y en circunstancias particulares. Él se arraiga en la historia humana. Él tiene una familia y un país de donde él puede ser localizado e identificado como cualquier ser humano. De hecho, ser humano siempre es pertenecer a en algún sitio, existir en algún tiempo y vivir en algún lugar. Así, Lucas nota el nacimiento de Jesús como un signo de una realidad histórica de la visita de Dios, y el testigo de la realización del plan de Dios.

En el centro de la celebración de la Natividad, hay un misterio, a saber que Dios se ha hecho uno de nosotros. En Jesús, Dios alguna vez invisible ha tomado la carne y se ha hecho un ser humano como nosotros. En Jesús, Dios ha tomado una cara humana y ha apoyado la naturaleza humana y la historia. Jesús no es sólo el hijo de María, sino también el Hijo de Dios, el Salvador; él no es sólo el profeta de Nazareth, sino también Cristo y Señor. De aquí en adelante, sabemos que Dios tiene una cara y un nombre. De aquí en adelante, sabemos quién es Dios para nosotros y quiénes somos para él.

Jesús es el regalo de Dios al mundo a fin de traernos la paz y la alegría. Quien da la bienvenida a él y anda en sus caminos tendrá la paz de corazón que supera cualquiera causa buena que alguien puede tener en esta vida. Jesús es el Salvador que el Padre ha enviado para librarnos de toda la anarquía y limpiarnos de nuestros pecados de modo que nos hagamos el pueblo de Dios, deseoso de hacer lo que está bien en su presencia.

Si queremos que la vida de Dios sea manifestada en nosotros, como San Pablo dice, tenemos que renunciar a la irreligiosidad y a los deseos mundanos, para que vivamos, ya desde ahora, de una manera sobria, justa y fiel a Dios. Tenemos que cambiar nuestras vidas radicalmente, hacerlas conforme a la imagen de quién se ha hecho uno de nosotros de modo que nos hagamos parte de él. Debemos dejar todo el mal comportamiento que nos empuja a elegir el pecado y la muerte en vez de la vida. Debemos esforzarnos por la justicia y la paz, agarrarnos a la honestidad y cortarnos de algo que previene el amor de Dios para crecer en nosotros.

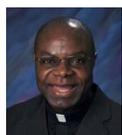
Como cristianos, estamos reunidos aquí para celebrar el principio de nuestra salvación y el maravilloso acontecimiento del nacimiento del Hijo de Dios en el mundo para nuestra Salvación. Como cristianos atestiguamos a la verdad que, a pesar de dificultades y conflictos que cruzan nuestro mundo y nuestras propias vidas, no estamos solos; Dios está con nosotros en su Hijo, Jesucristo; él nos ama. Saber que Dios nos ama y quiere que nosotros le pertenezcamos hace una diferencia en nuestras vidas. Esto nos da el coraje para encarar el presente y esperar el futuro.

La Natividad no es una celebración de un acontecimiento pasado sino de un acontecimiento que ocurre hoy cuando tratamos con fuerza de vivir en el espíritu de Cristo. La Natividad nos conduce a la contemplación de la cara de Dios en el niño en el pesebre. Esta noche, hay una revelación de Dios que se hizo pobre, pero hay también una revelación de un nuevo mundo y una nueva humanidad, un principio de una nueva historia entre Dios y los seres humanos.

La Navidad no es un acontecimiento del pasado; esto es un acontecimiento que pasa en cualquier momento que creamos un nuevo mundo y una nueva humanidad alrededor de nosotros. En cualquier momento compartimos con el necesitado, el abandonado, los refugiados y los extranjeros sin empleos y recursos, atestiguamos a la verdad de Navidad, que Jesús nació pobre para hacernos ricos en Dios. Es por nuestro cuidado que el nuevo mundo y la nueva humanidad traída por Jesús puedan ocurrir hoy.

La Navidad nos invita a vivir nuestra vida presente de los valores del reino de Dios por compartir con el pobre y el necesitado como un testimonio que en Jesucristo somos todos hermanos y hermanas. La Navidad nos invita a salir de nosotros, ir hacia otros, no asustarnos de otros aun si ellos son diferentes de nosotros. Abramos a las diferencias, ya que somos todos iguales ante el pesebre. En la Navidad, la alegría y la paz de Cristo son más irresistibles que los prejuicios que nos dividen. Escuchamos la voz de sabiduría que el niño en el pesebre nos dirige.

Dios se ha hecho uno de nosotros para compartir con nosotros su vida. Él nos ha dado la prueba de su amor haciéndose uno de nosotros. Respondamos con el amor y escuchemos su grito cuando él pide nuestro amor. No perdamos la oportunidad de darle la bienvenida en nuestros corazones y recibir su paz esta noche. ¡Feliz Navidad a todos!



Fecha de Homilía: el 24 de diciembre de 2007

© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala

Póngase en contacto: www.mbala.org

El Nombre 20071224homilia.pdf